

Rodrigo Gutiérrez Viñuales. *Manuel Ángeles Ortiz. Memoria de la Argentina*. Granada: Diputación de Granada, 2016. ISBN: 978-84-780-7499-0. 235 páginas.

Revalorizar el período argentino del pintor, escenógrafo y ceramista jienense (aunque granadino de adopción) Manuel Ángeles Ortiz (1895-1984), artista de la llamada «Escuela de París» española, así como acercar su obra a futuros lectores y aportar nuevos datos de valor para aquellos interesados en indagar aún más sobre lo producido durante sus estancias rioplatenses —y que tanta relevancia tendría para su posterior trayectoria a su regreso a Europa— es una labor que, con amplitud, persigue en *Manuel Ángeles Ortiz. Memoria de la Argentina* el historiador de arte Rodrigo Gutiérrez Viñuales. Y lo logra, a partir de la reconstrucción, basada en el cruce de la documentación bibliográfica y hemerográfica conservada tanto en uno como en otro lado del Atlántico, de los hitos más importantes del quehacer del artista. La obra se inserta, por tanto, dentro de los muchos trabajos de investigación en los que el autor enlaza lo producido en materia artística entre la Argentina y España, siendo en este caso el marco del exilio el eje central de la indagación.

El libro, que cuenta con diez capítulos y bien podría dividirse de manera general en tres bloques temáticos (el de la llegada del artista a la Argentina, huyendo de la complicada situación que atravesaba España tras el estallido de la Guerra Civil y más tarde, la contienda europea, y sus primeros contactos en el país receptor; el de su consolidación en los nuevos escenarios del exilio; y, por último, el de su retorno al lugar donde había visto prosperar con éxito su trabajo), reúne el más amplio corpus documental existente sobre la estadía de Ángeles Ortiz en el país sudamericano entre 1939 y 1948, y posteriormente entre 1955 y 1957, lo que se complementa con una abundante selección de imágenes de extraordinaria calidad. Gracias a ello el lector obtiene una visión pormenorizada de la amplia labor desarrollada por el artista durante sus años como transterrado en la que también es posible entrever la importancia de los vínculos y lazos de amistad establecidos por él con otras muchas personalidades tanto del medio artístico español como latinoamericano y que, a su vez, resultarían tan determinantes para el desempeño de este en múltiples facetas.

En este sentido, si bien es cierto que muchos de esos vínculos son conservados por Ángeles Ortiz a través del tiempo, es en esa primera etapa en el país de acogida, así como en los años inmediatamente anteriores a su marcha, cuando adquieren mayor relevancia para lo que será su trayectoria en la Argentina. Esto se pone de manifiesto en los primeros capítulos del libro —«Manuel Ángeles Ortiz, de los vínculos latinoamericanos al desembarco en Buenos Aires (1915-1939) y en La

llegada a Buenos Aires (1939)»— donde el contacto con personas de notoria influencia social y cultural se revelaron de suma importancia para la inserción del andaluz en el campo artístico porteño. Así, ejerció de ilustrador de la singular revista dirigida por el chileno José Eyzaguirre *Saber Vivir* —en «“Siempre nuevo y audaz”. Manuel Ángeles Ortiz en *Saber Vivir* (1940-1944)»—, donde colaboró de manera recurrente a la par que otros exiliados españoles, al mismo tiempo que era objeto de los primeros ensayos críticos sobre su obra en Argentina.

Enlazando con esta última actividad, en el quinto apartado se analizan más profundamente los diversos proyectos editoriales en los que participó como ilustrador —*Las aventuras de Celendín y otros cuentos* de la chilena Ana María Berry y *Patagonie* de Roger Caillois, entre otros—, cuya calidad le valieron numerosas reseñas y críticas literarias en varias publicaciones de relevancia en el medio artístico, encontrándose algunas de ellas reproducidas en el texto. El inicio de sus viajes a la Patagonia, y el atractivo que para el autor tuvieron aquellos territorios —los que, además, marcaron su producción en esos primeros años de actividad argentina—, es otro de los aspectos que aborda el autor en este epígrafe.

No habría de pasar mucho tiempo, por otra parte, para la consolidación del artista a raíz de los juicios que tanto críticos como otras personalidades reconocidas de la literatura de la época —Julio E. Payró, Jorge Romero Brest, Manuel Mujica Láinez, Eduardo González Lanuza, etc.— hicieron de sus «construcciones»; se trataba de una suerte de *ready-mades* realizados a partir de maderas incineradas y piedras, fruto de nuevos recorridos por la Patagonia, que habrían de ser artísticamente fotografiados por Grete Stern y Anatole Saderman, imágenes que se recogen en el libro. A ello se sumaría el éxito de sus primeras exposiciones individuales en Buenos Aires, como da cuenta el sexto capítulo del libro titulado «Manuel Ángeles Ortiz, o la consolidación de un artista “argentino” (1943-1945)».

Así se llega al séptimo apartado en el que se aprecia cómo la creciente trayectoria de este andaluz no solo quedó plasmada en diversas publicaciones periódicas —*Sur*, *Correo Literario*, *Cabalgata*, entre otras— sino que fue asimismo motivo de mayores atenciones como lo demuestra la edición de la primera monografía sobre su obra, escrita por otro exiliado —con quien había coincidido en 1939 en el campo de concentración de St. Cyprien—, Arturo Serrano Plaja, y publicada en 1945 dentro de la Biblioteca Argentina de Arte de la Editorial Poseidón, creada por otro proscrito, el catalán Joan Merli. Debe mencionarse también la inclusión de Ángeles Ortiz en distintos ensayos sobre arte argentino realizados por el historiador y crítico de arte Romualdo Brughetti.

De esta manera, continuando el recorrido cronológico sobre el cual se

estructura este estudio y antes de hacer mención, en el apartado final titulado «Lo que hubo después. Epílogo», al tratamiento otorgado a la obra del artista una vez abandonada definitivamente la Argentina a través de diversos trabajos que llegan hasta el siglo XXI, el autor aborda en dos capítulos —«Los últimos años. Exposiciones y nuevos reconocimientos (1946-1948)» y en «La última estancia (1955-1957)»— el desenlace de la etapa artística argentina de Ángeles Ortiz con su regreso a Europa, y el posterior y breve retorno al país para exponer en la Galería Bonino y reencontrarse con su familia, allí radicada. El lector podrá comprobar cómo se reeditan la fortuna y los reconocimientos de antaño, tanto en la realización y exhibición de obras, como asimismo en la presencia crítica en los medios, para lo cual el autor recurre, con el propósito de enriquecer más aún la investigación, a escritos contemporáneos al artista.

En definitiva, se trata de un libro que, con un lenguaje ameno y fluido junto a una acertada selección e inclusión de imágenes y escritos, consigue contextualizar y resaltar de manera oportuna y sistemática el valor de la trayectoria artística de Manuel Ángeles Ortiz en la Argentina. Hasta ahora, esta etapa era la menos abordada en las revisiones que sobre su producción se han venido haciendo en Europa, entre las que destaca la importante exposición retrospectiva en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, en Madrid, en 1996. De esta manera, este libro no solo se convierte en una obra fundamental para aquellos que pretendan conocer más sobre el artista y su labor en el país sudamericano sino también para quienes desean iniciar nuevos abordajes que tengan como finalidad la recuperación y revisión de trayectorias dentro del marco del exilio español y que se han visto desdibujadas con el paso del tiempo.

Mariela Luque Greco
Universidad Pablo de Olavide